

**¿Alguien ha leído su libro?**

Seudónimo: *Aurelio Marco*

El aula presentaba uno de esos llenazos como no se volverían a dar a lo largo del curso. El día inaugural suele catapultar la curiosidad lectiva de los matriculados, máxime en primero de grado.

Una nebulosa de rostros posadolescentes de las más variadas tipologías, con alguna incrustación madura de vocación tardía, aguardaba con expectación la irrupción del profesor de Derecho Romano, un tipo panzón, con voz de crátera, que hacía sudar la nota, según referencias, de ordinario dadas a la hipérbole, de los veteranos, y que no toleraba que los alumnos tontearan con los móviles en su clase. El clásico hueso en la jerga académica, un fémur de diplodocus, como precisó con ocurrencia algún alumno histórico que probablemente acabase suspendiendo la asignatura.

Con seis minutos de demora, un tipo panzón, aunque sin excesos, con cráneo a la intemperie y que ya no cumpliría los cincuenta accedió al aula acallando, con su mera presencia, el algo más que murmullo que se había desatado ante la expectación del debut y por el retraso del potencial profesor.

—El de la camiseta del Che, sí tú. —El señalado, melena atrabiliaria, con restos todavía de acné, al percatarse, tras apuntarse interrogativamente a su esternón con el índice, de que era él el aludido, ni siquiera intentó replicar. Su rostro adoptó parecido asombro al que hubiera compuesto si le hubieran comunicado que padecía cáncer de páncreas—. Sí, tú, el obvio, el que a sabiendas de que es él, lo pregunta con la mímica —se retomó con mordacidad el docente que hacía honor a los antecedentes que sobre él disponían los que atestaban aquella aula recargada de CO<sub>2</sub>—. No voy a tolerar símbolos políticos en mi clase, de cualquier signo. Así es que si alguno o alguna está pensando que seré permisivo con la cara de Franco o de Fernando VII, se equivoca. Únicamente si venís con una camiseta serigrafiada con la efigie de Marco Aurelio no solo lo toleraré, sino que sumaré un punto más en vuestra calificación cuatrimestral. ¿Prevaricación? ¿Cohecho académico? Llamadlo como queráis.

El silencio se volvió ensordecedor. Si alguno de aquellos universitarios neonatos había diseñado en su imaginario particular un primer encontronazo con la sublimación de lo erudito que se le suponía a la Universidad, en ningún caso era aquel.

Ninguno de los más de doscientos presentes en el recinto se atrevió a interrumpir la pausa dramática que el catedrático había introducido para impresionar, para atemorizar. Ninguno tampoco desvió la atención a sus móviles y no precisamente por la advertencia previa

sobre su persecución, sino por el interés *per se* que la intervención teatral de aquel brontosaurio del derecho había suscitado entre el colectivo de espectadores.

–Ya, no me digáis más. ¿Quién coño es ese Marco Aurelio?, estáis pensando. ¿Algún *youtuber* que se os escapa, un *influencer* pedante que se hace llamar como un emperador? Uys, he pronunciado emperador. Y estamos en la asignatura de Derecho Romano. Igual, alguna, alguno hasta asociáis conceptos.

–¿Por quién nos toma, señor? –irrumpió una voz femenina desde una de las últimas filas–. Subestima nuestra capacidad, nuestro horizonte de conocimiento. Estoy segura de que no soy la única de la sala que ha leído las *Meditaciones* de su al parecer ídolo.

Y al instante, aquella chica a la que le pendía una cola de caballo tan larga como las figuras de El Greco, portadora de gafas de atesorar rarezas escritas, a juzgar por la pausa, igual de dramática que la del profesor pero por motivos distintos, se apercibió de que le había servido al catedrático el cava de la ejecución sumaria del grupo en una cubitera con hielo traído ex profeso del glaciar del Baltoro.

–Te esperaba. Suele haber una insumisa o insumiso en cada grupo, alguien que se rebela contra lo convencional, ¿tu nombre? –casi exigió.

–Natalia, pero mis más cercanos me conocen como Nalia.

–Nalia (si me permites la cercanía) ha intentado salvaguardar vuestro honor generacional a tenor de su protesta ante mi alocución de bienvenida, pero debo deciros que ella no es sino una anécdota, un islote, casi un arrecife en este océano de vulgaridad cultural. ¿Cuántos han leído las *Meditaciones* de Marco Aurelio? Gracias, Nalia, por tu inocencia, bienintencionada, pero favorecedora de mi causa. Levantad la mano. Advierto que preguntaré sobre la obra a quienes alcen gratuitamente sus brazos para desenmascararlos, por si fueran impostores.

Una epidemia de brazos caídos prosiguió a la encuesta de una sola pregunta.

–¿Nadie? ¿Nadie más? –Quien todavía no se había presentado nominativamente parecía refocilado ante aquel desierto lector.

–¿Algo que añadir, Nalia?

La chica negó con la cabeza y sumió la mirada sobre un punto impreciso de la estancia, quizá sobre su ortocentro si los volúmenes lo tuvieran.

El nuevo silencio parecía, por lo denso, ridiculizar al anterior. Una de las puertas se abrió de improviso y accedió a aquella aula magna de la Facultad de Derecho de aquella universidad con pedigrí otro tipo panzón, aunque también sin excesos, con el cuero cabelludo también al descubierto y los cincuenta rebasados. Portaba un maletín de los antiguos, de los que ya no se estilaban, incluso con combinación de apertura. A la pandemia de silencio la sustituyó, de súbito, una más recrudescida de estupor.

Una voz que parecía emanar desde el interior de un ánfora etrusca se hizo fuerte en la excelencia de la acústica de la sala.

—Mi nombre es Martín Miralles, y como ya habéis comprobado en el directorio (mi foto no aparece en él), voy a ser, de hecho ya lo soy, vuestro profesor de Derecho Romano. Quiero agradecer, un año más, la colaboración de Natalia, Iván y sobremanera de mi buen amigo Ricardo Dorón; si necesitáis de los servicios de un actor profesional, él es vuestro hombre. Lo podéis encontrar en Instagram.

La chica con la interminable cola de caballo, el chico con la camiseta del Che y el aludido como Ricardo Dorón abandonaron sus posiciones (en particular los dos primeros) y una vez ganado el estrado, a instancias del autoatribuido, parecía que este sí, catedrático, saludaron al unísono, con brevedad, mientras aquellos pimpollos universitarios dudaban entre aplaudir o maquillarse para camuflar su asombro.

Acabaron por aplaudir. Con ardor, aliviados, acompañándose de vocerío y de algún bravo. El nuevo, y parecía que definitivo, titular de la cátedra intervino con energía para reconstruir el silencio.

—Me resultarán indiferentes los símbolos políticos que llevéis en vuestras vestimentas mientras no puedan asociarse a dictaduras. Y también amo a Marco Aurelio. Sus *Meditaciones* constituirán lectura obligatoria, y calificable, en la asignatura. No regalo puntos sin merecimientos y os aconsejo más lecturas y menos YouTube, pero ni soy vuestro padre, menos vuestra madre y ni siquiera vuestro tutor. Y sí, voy a ser ese fémur de diplodocus que estáis interiorizando. Se acabó el instituto, deberíais quedaros con esta moraleja de la *performance* de hoy, pretendía ser algo más que un efectismo, una bofetada de aterrizaje. Comenzaremos por los orígenes del derecho romano. Os sugiero tomar apuntes, a conciencia, mis explicaciones constituyen el grueso del temario.

Un crujir de folios electrizó la atmósfera del aula y aquella voz siderúrgica se remontó sin mayores nexos al siglo VIII antes de Cristo.